

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR JOSÉ DAVALOS, DURANTE LA CEREMONIA DE ENTREGA DE LA MEDALLA AL MÉRITO DOCENTE “PRIMA DE LEYES INSTITUTA” *

Sirvan las primeras palabras para agradecer al Honorable Consejo Técnico de la Facultad de Derecho y muy especialmente a su presidente, el doctor Máximo Carvajal Contreras, que se me haya otorgado el gran honor de recibir la medalla Prima de Leyes Instituta. Conmemora la primera cátedra de Derecho, la primera en México y en América, y que fuera leída por don Bartolomé de Frías y Albornoz en 1554, un año después de que se fundara la Real y Pontificia Universidad de México.

Aprovecho esta ocasión para rendir homenaje a todos los maestros a quienes el reconocimiento general ha cubierto de prestigio, y a quienes aún no disfrutaban de ese reconocimiento, pero que acuden diaria y puntualmente a su clase a pesar de cualquier adversidad; a los maestros que preparan cotidianamente su cátedra, aunque esto implique robarle tiempo al sueño; a los maestros que entregan su talento generosamente a sus alumnos; a los maestros que, como el viento, siembran flores lo mismo en la montaña que en la llanura. También rindo homenaje a los maestros que ya partieron para reunirse con los luceros.

Mencionaré a algunos distinguidos maestros con el temor de omitir a otros: Mario de la Cueva, devoción por la sabiduría; Antonio Martínez Báez, voluntad indoblegable; Alberto Trueba Urbina, palabra de los desposeídos; Eduardo García Máynez, ¿quién de nosotros no ha bebido el saber en sus obras?; César Sepúlveda, excelente director; Guillermo Floris Margadant, sabio y generoso como la inmensidad del mar; Antonio de Ibarrola, siempre el espíritu presto; Andrés Serra Rojas, poderosa voz de profecía; Jorge Sánchez Cordero, enseñanza para la vida; Raúl Cervantes Ahumada, poeta del Derecho; Gabriel García Rojas, sol de justicia; Alfonso Noriega Cantú, brillante defensor de la verdad; Ignacio Burgoa Orihuela, cátedra que deja rastro;

* El evento se llevó a cabo en el Auditorio “Benito Juárez” de la Universidad Latina Campus Sur, el día 8 de julio de 1999.

Héctor Fix Zamudio, investigador preclaro, maestro, con todo el valor de este término; Rafael Preciado Hernández, alma de roca inquebrantable; Pedro Astudillo Ursúa, arte en su diáfana exposición; Carlos del Río Rodríguez, definición que cincela el alma; Fernando Castellanos Tena, fortaleza en la adversidad; Sergio García Ramírez, sembrador perseverante; Alfredo Sánchez Alvarado, acción decidida por la clase trabajadora; Rubén Bonifaz Nuño, un abogado en las letras de lo inmarcesible; Jesús Reyes Heróles, cincelador de filosofía y democracia; Genaro Góngora Pimentel, valiente innovador del Poder Judicial. . . Los maestros trasponen las fronteras de lo orgánico, y viven en el pensamiento y en el alma de las generaciones.

Mi más encendido homenaje a las maestras de la Facultad de Derecho; momento a momento van tejiendo el brillo de la Universidad con esmero, con el hilo fino del conocimiento. Este homenaje me permito concretarlo en la primera Maestra Emérita de nuestra Facultad, la doctora Aurora Arnáiz Amigo. Nuestras maestras. . . Luz de sol, luz de diamante, que se aquilata en la entraña del saber jurídico y rescata definitivamente el prestigio de la inteligencia universal.

Cuánto tengo que decir de cada uno de los maestros eméritos, de cada uno de los directores de esta Facultad, de cada uno de ustedes, maestros, con quienes comparto todos los días la atmósfera fraternal de nuestra casa. Selección cuidadosa de doradas espigas escogidas de las más diversas semillas.

Es de elemental justicia mencionar a cuatro investigadores contemporáneos, también maestros de nuestra Facultad: Jorge Carpizo, Diego Valadés, Jorge Madrazo, José Luis Soberanes. Investigan el derecho, enseñan el derecho, honran al derecho. Con ellos la creación jurídica continúa inventándose.

En todos los momentos de mi vida el ejemplo de los maestros, mis maestros, ha sido determinante en mi desarrollo personal y profesional.

En el inicio de la década de los sesenta, un día de aguaceros, abordé el trolebús en el que se trasladaba el maestro Andrés Serra Rojas, de su casa a Ciudad Universitaria. Al bajar en Avenida Universidad, corrí hacia la Facultad suponiendo que el maestro no llegaría a impartir su clase; me imaginaba que literalmente iría escurriendo agua, llegaría empapado. Cuál fue mi sorpresa cuando vi entrar en el aula al maestro Serra Rojas, a las cuatro de la tarde, con su puntualidad proverbial, como si nada hubiera pasado. Yo me dije: —Los grandes maestros son así, por eso llegan a donde están.

En el aula me agrada compartir con los compañeros estudiantes este otro hecho de la vida cotidiana. El doctor Jorge Carpizo era Abogado General de la UNAM; en alguna ocasión tuve necesidad de comunicarme con él en la madrugada. Marqué el número telefónico con el pesar que me producía la seguridad de interrumpir su sueño. Quedé asombrado cuando en seguida contestó personalmente mi llamada; escuché de su propia voz que a esas horas preparaba su clase de la mañana siguiente. En los pequeños detalles se revelan los grandes atributos del ser humano.

Estos y tantos maestros más son ejemplo de vocación, de definición personal. Fuerza de carácter que todos los días podemos poner frente a nuestros ojos, y en la tarea cotidiana de acabarnos de hacer. Nuestros maestros, como las estalactitas y las estalagmitas; majestuoso testimonio de perseverancia, obra que labra la tenue gota de agua que no se cansa.

La vida ha sido muy generosa conmigo, la Universidad ha sido muy generosa también; esta medalla al mérito docente, es una muy alta expresión de esa generosidad que me honra y me conmueve.

Esta distinción confirma mi compromiso con la Facultad de Derecho, con la Universidad, con mi Patria. Compromiso que perdurará toda la vida, hasta que la capacidad humana me lo permita: estudiar todos los días, prepararme todos los días, procurar ser cada vez el alumno más aventajado en cada grupo.

Agradezco a los alumnos la oportunidad que me brindan de vivir la clase con ellos. También agradezco ser testigo de la constancia y del humanismo que caracteriza a estas nuevas generaciones. Juventud sedienta de conocimientos y de verdad, que acude a los valores morales, valores que dan sustento a la vida, valores que dan esperanza a la existencia. Juventud que enfrenta el peligro porque no tiene miedo. Convivir con esta juventud en la cátedra, significa para mí poder refrescarme en la corriente cristalina del río caudaloso e inagotable que es la ciencia jurídica, que todos los días se renueva. En las noches es de los jóvenes la luz de las antorchas y también los albores del amanecer.

Evoco ahora, con emoción y gratitud, a todos los maestros y a todos los alumnos que en momentos de grandes riesgos, entre 1987 y 1991, siempre se mantuvieron en unidad indisoluble en torno del Rector de la UNAM, en torno de nuestro plantel, en torno del Director de la Facultad de Derecho.

Vienen a mi memoria todos cuantos colaboraron en esa labor de tantos sacrificios, de tantas renunciaciones. Permítanme mencionar a tres de estos compañeros: el maestro José Barroso Figueroa, quien desde la Secretaría General siempre tuvo el pulso de la vida de la Facultad, cuidó todos los aspectos jurídicos con puntualidad cronométrica; el maestro Enrique Larios, quien llevó en todo momento el sensible equilibrio en las relaciones de quienes integramos la comunidad de la Facultad de Derecho; el maestro Francisco Salgado Rico, con gran sensibilidad fincó los cauces para que los jóvenes participaran con entusiasmo en las múltiples actividades que ofrece la Universidad... la mirada puesta en muchos mañanas.

Mi reconocimiento al doctor Máximo Carvajal Contreras por su dedicación, por su entrega generosa como Director, invariablemente en beneficio de los estudiantes y de los maestros. Su espíritu de lucha, de defensa de la justicia, siempre estará presente en nuestra memoria. Vocación de servicio para todos, sin esperar nada a cambio.

Mi agradecimiento a los trabajadores administrativos; con dignidad y sin estridencias colaboran en la construcción diaria del prestigio de nuestra casa de estudios. El trabajo nació con el hombre y será el trabajo nuestro compañero de siempre.

Nuestra actitud es de congruencia, estamos brazo con brazo con el Rector Francisco Barnés de Castro. Participamos convencidamente de su esfuerzo por elevar la calidad académica de maestros y alumnos. Los universitarios entendemos que un título profesional vale por los conocimientos en que se sustenta ese título, nada más.

A mis padres, Alfonso y Mercedes. A mis hermanos Consuelo, Guadalupe, Concepción, Verónica, Ezequiel, María Guadalupe, Eustolia, Angela, Roberto. Muchas gracias. A todos ellos gracias, muchas gracias por todo.

Mi agradecimiento permanente a mis hijos, Mercedes, Susana, Emma Patricia y José; su comprensión y cariño todos los días me renuevan. Mi agradecimiento a mi esposa Emma, que con su ternura mantiene prendido siempre el fuego cálido del hogar. Esta bendición humana y sublime seguramente muchas veces no la he podido advertir con los ojos, pero sí la percibo todos los días con el corazón.

Es un orgullo poder decir que la Facultad de Derecho ha fortalecido su calidad académica. Nuestros maestros son los más reconocidos en el medio profesional del país y su prestigio se ha extendido más allá de nuestras fronteras. Son magníficos juristas, ministros, notarios, magistrados, litigantes, investigadores; asesores de empresas y de sindi-

catos, verdaderos funcionarios públicos identificados con las razones del pueblo. . .

Y qué podemos decir de nuestros alumnos, dedicados al estudio, a la investigación; muchas veces carentes de medios económicos, pero orgullosos en su fe de ser y de trascender. No hay estrella que no puedan atrapar con sus manos por más distante que se encuentre.

La Universidad es tiempo y espacio que busca la verdad del hombre mismo. La Universidad es humanismo, es excelencia, es fuente en donde se forjan las mujeres y los hombres que nutren el futuro de la nación. La Universidad con su vigor, con su temple, con su voluntad y con su decisión, es la esencia que crea, recrea y avala los conocimientos que trasmite.

La Universidad casi cinco veces centenaria, es la Universidad de Justo Sierra, la Universidad de José Vasconcelos y de Ignacio Chávez. Es la Universidad de Javier Barros Sierra, de Guillermo Soberón, de Jorge Carpizo. . . La Universidad trabaja, investiga, enseña y difunde la cultura a plena luz del día, bajo el lucero de la tarde, y permanece en vigilia cuando despierta el lucero del amanecer.

El espíritu de la Universidad siempre habla. Su espíritu siempre enseña. Su espíritu redime y transforma. Su espíritu siempre vive.